



Revista de Pedagogía

ISSN: 0798-9792

revped2012@gmail.com

Universidad Central de Venezuela
Venezuela

Moreno, Alejandro
Educación y violencia en la Venezuela actual
Revista de Pedagogía, vol. 32, núm. 90, enero-junio, 2011, pp. 119-144
Universidad Central de Venezuela
Caracas, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65920055005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

**Educación y violencia
en la Venezuela actual**
*Education and violence
in the Venezuela of today*

Alejandro MORENO*

cip@cantv.net

Centro de Investigaciones Populares (CIP)

Recibido: 28-2-2011

Aceptado: 30-3-2011

* Psicólogo, filósofo y teólogo, con Doctorado en Ciencias Sociales. Dirige el Centro de Investigaciones Populares en Caracas, Venezuela, el cual se dedica al estudio del mundo de vida popular en el contexto de la realidad latinoamericana. Es catedrático de la Universidad Católica Andrés Bello y de la Universidad de Carabobo, en Venezuela. Ha sido autor de varios libros, en los que ha destacado la innovación por el estudio del método de las Historias de Vida. Frecuente conferencista nacional e internacional sobre temas de las Ciencias Sociales y la Antropología desde el mundo de los valores en el sujeto popular.

RESUMEN

Este artículo es una breve síntesis de los aspectos principales de una investigación mayor acerca del delincuente violento de orígenes populares, investigación llevada a cabo por el equipo de investigadores del Centro de Investigaciones Populares (CIP) bajo mi dirección. Como punto básico de referencia se toma al delincuente que hemos denominado «violento estructural» debido a que este tipo de delincuente es representativo y significativo en términos del nivel de violencia que se ejerce. Se establecen algunas diferencias en lo que refiere a otro tipo de delincuente, al que hemos denominado «circunstancial». Tras establecer el perfil de los tipos de delincuente del estudio, se adelanta un conjunto de posibilidades en lo referido a intervenciones educativas, según la realidad comunitaria, personal y social no solamente de los delincuentes violentos sino de los tantos niños y jóvenes venezolanos en riesgo de violencia.

Palabras clave: Violencia, mundo de vida popular, investigación cualitativa, educación venezolana.

ABSTRACT

This article is a short synthesis of the main aspects from a wider investigation on the Venezuelan violent delinquent of poor origins conducted by the team of researchers at the Center for People's Investigations, under my coordination. As a basic point of reference, the kind of delinquent that we have called «structural violent delinquent» is taken because this type of delinquent is typical and significant in terms of the level of violence exercised. Then, some differences are made as regards another type of delinquent, the one we have termed «circumstantial». Once the profile of the different violent delinquents found in the study is made, a set of possibilities in terms of educational intervention is put forward according to the community, personal and social reality not only of violent delinquents but also of the many Venezuelan children and youth in danger of falling prey of violence.

Key words: Violence, people's world of life, qualitative research, Venezuelan education.

APERTURA

Al abordar este tema, el primer problema que se me presenta es la abundancia de material que me toca resumir de manera coherente para comunicar los resultados de una investigación muy

amplia. Las casi mil páginas de la obra publicada en dos volúmenes (Moreno y otros, 2007)¹ y las miles de otras que sirvieron como insumos para su redacción final, frutos de un trabajo de cuatro años sobre historias-de-vida² de delincuentes asesinos de origen popular, pugnan por ocupar todas un lugar en este trabajo. Hay que seleccionar, y seleccionar es sacrificar. Sacrificio doloroso pues no se trata de excluir banalidades o detalles accesorios sino también contenidos que a quienes hemos dedicado nuestro tiempo al trabajo nos parecen de importancia capital, pues con él hemos aportado al conocimiento de la violencia en Venezuela un aspecto de la mayor importancia que faltaba³. Inevitablemente las informaciones serán incompletas y dejarán muchas preguntas en el aire.

¹ Moreno, A. y otros (2007). «*Y salimos a matar gente*», Universidad del Zulia, Maracaibo. En 2009 apareció la segunda edición por el CIP, Caracas. Todas las citas siguientes pertenecen a esta obra pues aquí se trata de resumir los resultados de una investigación y sacar algunas consecuencias.

² Se trató, pues, de una investigación cualitativa, la que hasta el momento no se había realizado sobre ese tema. Los estudios cuantitativos, en cambio, han sido muy numerosos. Si las informaciones oficiales no son muy confiables, e inexistentes desde 2005, las deficiencias las suplen con bastante eficacia no sólo la prensa sino, sobre todo, instituciones universitarias y otros organismos que trabajan al margen de la oficialidad como el Laboratorio de Ciencias Sociales (LACSO) de la UCV. En sus numerosas publicaciones (Briceño León, 2007, 2009) podemos encontrar abundante información sobre la evolución numérica del delito asesino en Venezuela durante la segunda mitad del siglo XX y especialmente de su incidencia entre nosotros en estos últimos tiempos, sobre las formas que asume, la edad de víctimas y victimarios, su pertenencia social y todo lo que tiene que ver con estadísticas del más diverso tipo.

³ La violencia delincencial en Venezuela ha sido objeto de numerosas investigaciones e intercambios de ideas entre los científicos sociales, los políticos, los religiosos y la población en general justamente preocupada por su aumento, difusión y peligrosidad. El tema de estudios y reflexiones ha girado sobre todo en torno a los aspectos cuantitativos y estadísticos del fenómeno (Briceño-León y otros, 1997; Briceño-León & Pérez Perdomo, 2000) y a las explicaciones de tipo psicológico (Vethencourt, 1962; Pedrazzini & Sánchez, 1990, 1992) sociológico (Briceño-León, 1997; Cisneros & Zubillaga, 1997), antropológico (Ferrándiz, 2005) criminalístico (Del Olmo, 1997; Santos Alvis, 1997; Ponce, 1994) y también multidisciplinario (Briceño-León, 2001) a partir de teorías ampliamente consideradas válidas pero generalmente elaboradas en otras latitudes y no sobre las bases de estudios en torno al modo de ser y de vivir específicamente venezolanos.

El estudio al que me refiero ha sido llevado a cabo por el equipo de investigadores del Centro de Investigaciones Populares bajo mi dirección. Nos hemos esforzado deliberadamente por mantenernos fuera o por encima, si se quiere, de cualquier disciplina específica –sociología, psicología, criminología, antropología, filosofía– sin negar ninguna de ellas y pasando por todas recogiendo insumos en un intento por situarnos trans-disciplinariamente, dejando abierto el campo para que los profesionales específicos elaboren sobre nuestros materiales sus propios enfoques, si en ello tienen interés. Tomaré como punto básico de referencia al delincuente que hemos llamado «delincuente violento estructural», porque representa lo que considero la violencia más típica y significativa, para ir estableciendo paso a paso las diferencias con el otro tipo, al que calificamos como «circunstancial» (Moreno y otros, 2009).

En efecto, en nuestra investigación hemos encontrado este otro tipo de delincuente violento que no está identificado con la estructura de personalidad violenta compactada sino que cae en el delito violento, aún repetidamente, pero sin que ello llegue nunca a formar parte de su propia constitución psíquica y social. Estos tienen su propio proceso, su propio ritmo y logran salir de esa vida e integrarse a la sociedad. ¿Cómo son los violentos estructurales, dónde se forman, en que lugares se desenvuelven, cuáles son los rasgos de su identidad?

I. LA CASA

Nacen ya en un lugar marcado por la violencia, un lugar donde se sufre. Antes de ser ejercida, la violencia es padecida. Este primer lugar es la casa. No se trata necesariamente de un rancho, sino de la casa popular. En los sectores populares el rancho, con el paso de un tiempo no muy largo, se transforma en algún tipo de casa dotada de suficiente seguridad y estabilidad. Pero en todos nuestros sujetos, es una casa vacía. Llena de personas pero vacía de lo más significativo para un venezolano: de madre. En el vacío de madre está el núcleo de la violencia recibida. No pensemos en la violencia intrafamiliar clásica, de maltrato físico y crueldad. No hay en la historia de nuestros sujetos

ni más ni menos de eso que en la de cualquier niño venezolano normal y corriente. Se trata de una violencia que toma la forma del abandono no suplido por nadie y que se manifiesta en múltiples variaciones: ausencia de padre, madre o ambos; descuido, desatención, rechazo, todo lo que late en la expresión de uno de ellos: «me negrearon».

Por encima de todos los abandonos posibles, el verdaderamente significativo, el que se sufre como violencia absolutamente injusta e insoportable, aunque no siempre pase necesariamente a la conciencia, es el de la madre cuando ésta falla en la función de exclusiva significatividad que una larga historia convertida en cultura le ha asignado en el seno de la familia matricentrada, nuestra familia cultural (Moreno y otros, 2009; Moreno y otros, 1998).

En el ámbito de esta violencia sufrida, en ese caldo de cultivo, soporte de su disposición a la violencia actuada, se forma la personalidad de nuestros delincuentes violentos. Su actuación comienza muy temprano en la propia casa, luego en la escuela y en el cercano vecindario, todo ese mundo que rodea el lugar hogareño:

«Porque yo me metía bastante en problemas. ¡Cuando era niño! ¡Cónchale! Me metía bastante en problemas. No... ¡prrrruuuuf! Infinitudes», confiesa Alfredo (Moreno y otros, 2009, 103).

«Vamos a ver, una historia que sea buena —narra el maracuco Juan Gabriel—, por cierto, me gustaba hacer desastres, yo era malo, me gustaba romper libros con los otros compañeros, le cogía las cosas pa' que pelearan con otros, no conmigo; y me metía con to', incluso a mis maestras; me sacaron de tres colegios» (Moreno y otros, 2009, 365).

El circunstancial, en cambio, vive sus primeros años en un ambiente familiar suficientemente satisfactorio. Pasa la infancia protegido dentro de la casa. En ella hay una madre que de alguna manera cumple como tal. Tiene, pues, mamá y casa y, por ende, sentido de pertenencia a una familia y a un hogar (Moreno, 2007).

2. LA CALLE

De esa casa marcada por ausencias claves: además de la ausencia de madre significativa, la ausencia de familia sólida, de afecto positivo, de relaciones vinculantes, de atención, de presencias plenificantes, el estructural pasa al nuevo espacio violento, la calle. La salida a la calle es cautelosa. La calle para un niño que se adentra por ella de su cuenta es violenta en sí misma, dados los muchos peligros que ofrece y se hace más pugnaz si ese niño se desenvuelve en ella de forma agresiva. La primera experiencia de calle tiene lugar en la misma comunidad de convivencia, la del barrio o la de los alrededores del bloque. Al principio pasa en ella la mayor parte del día, fugado de la escuela y regresando a la casa por la noche. Poco a poco empieza a dormir también fuera de la propia familia, en algún vehículo abandonado, en casa de un amigo circunstancial, o en cualquier otro lugar solitario. La violencia ahora es ya medio obligado de sobrevivencia. Pronto el niño se integra a la primera pandilla, el grupo que ha hecho de la calle su espacio de vida y acción.

Nelson no es violento estructural sino circunstancial. Por eso sale a la calle más tarde, en plena adolescencia. Su narración nos da una idea de cómo puede ser la calle del barrio para el niño o el joven que, desligado de la familia, se integra en ella:

Cuando tenía ya quince, dieciséis años, me la pasaba era por ese callejón ... ahí comencé a presenciar cuestiones ... el primero que mataron fue un chamo de por allá arriba que era amigo de nosotros y vaina; él jugaba basket conmigo ... allí empezaron los problemas, que no podíamos bajar por aquí, por la calle, porque estaban los chamos de ahí que querían jodé a las personas ... se la pasaban muchos muchachos aquí detrás de la casa consumiendo y broma y yo era uno de ellos... y andábamos por ahí todo el día, jodiendo todo el día sin hacer nada, sin trabajar ni nada (Moreno y otros, 2009, 762).

La salida definitiva a las calles de la ciudad, alejadas de la familia, de la casa y del vecindario, se da pronto en el caso de los estructurales, todavía en la infancia o al inicio de la adolescencia, más tarde en los circunstanciales: «Entonces... yo tomé mi camino, ¿no?, y me fui a la calle y empecé en un mundo, a caminar, desde los once años, y a pedir dinero y hasta robando. Lle-

gó un... un sujeto... y me ofreció mariguana (Moreno y otros, 2009, 40). En estas dos líneas está bien resumido el proceso de integración al espacio violento de las calles: todo un mundo, vagabundeo, pedir, robo, droga».

Similar es el proceso en José:

Entonces, me vine pa' Petare. Y empecé ahí; yo dormía en el monte y en carros y eso. Me junté con un poco de malandrillos... una pandilla de muchachos que andaban echando bromas por la calle, cuidando... me pusieron a cuidá carros... salíamos de noche a, como se dice, a hultá por ahí. Caí preso. Ya tenía catorce años (Moreno y otros, 2009, 177).

Los catorce es también la edad crítica de Héctor:

A partir de los catorce, chama, empecé a tener problemas... me empecé a... empecé a hablar con un chamo que... malas ajuntas, y a raíz de eso, dejé los estudios. Me empecé a meté en problemas. Este... empecé a dale tiro a la gente, chama. ¡Paj, paj! (Moreno y otros, 2009, 309). Un año después ya tenía seis muertos encima.

«Ya tenía como trece años cuando salí pa' la calle (p. 429)». Es Tata quien habla. Desde la temprana adolescencia, la calle es para todos el espacio de vida, una vida que está en la violencia y que produce su propia violencia.

3. LA VÍA

Pronto la calle se convierte en «la vía». «Entonces, fui creciendo por ahí, en la vía». Palabras de Alfredo (Moreno y otros, 2009, 46). ¿Qué es esa «vía» a la que todos se refieren? La «vía» es a la vez una palabra, un concepto y una experiencia que sirve como metáfora integral, no sólo lingüística sino también vivencial, de otra metáfora, el camino de la vida delincencial violenta, que cada uno recorrerá hasta su muerte. La vía proviene de la experiencia urbana, pues en el campo no hay calles, las calles son los caminos de la ciudad. Es, pues, un concepto construido sobre la referencia del espacio físico urbano, pero se trata de un espacio fundamentalmente humano. En esto los

delincuentes violentos participan de los significados profundos del mundo-de-vida popular venezolano. Para el venezolano popular todo espacio está humanado, nada es sólo y predominantemente físico. Como he dicho en otros lugares, el venezolano no es un hombre de naturaleza sino de 'humaneza' (Moreno, 2008).

La vía es la calle transformada en la corriente de la vida que se va viviendo en el discurrir cotidiano de la existencia fuera de toda norma, camino asocial, amoral, externo, de las puertas del mundo familiar hacia afuera, violento, objetivo en cuanto independiente de los sujetos que lo recorren, dejado a sí mismo, a una ley interna que va surgiendo y conformándose en él, momento por momento, sin un fin establecido, esto es, sin obedecer a ningún proyecto y convertido en ineludible destino. Vía y destino se conectan y hasta se identifican. La vía es fatal o, si se quiere, en ella hay una fatalidad. La vía no es lo que uno hace o los pasos que en ella uno recorre, sino lo que a uno le acontece, lo que le sucede sin buscarlo y sin programarlo. Programa y proyecto son, incluso, producto fatal de la vía. Una vez que la calle se ha convertido en vía y en ella se ha integrado la persona, la vida ya no depende del sujeto, depende de la vía, aunque metido en ella el sujeto puede cabalgarla e incluso guiar, dentro de estrechos márgenes de opción, su desbocado galope. De la vía nunca se sale si uno se ha ido entregando a ella desde temprana edad. Entrar en la vía es caer en el juego del destino. La vía-destino es a la vez excusa y *alibi* para todos los crímenes. Ella carga con todas las culpas y así libra de cualquier responsabilidad la conciencia del criminal.

Mientras no hay nadie que se sienta más libre que un delincuente violento, pues no tiene ningún tipo de cortapisa interna para la realización del deseo, nadie se siente tan fatalmente obligado a dejarse guiar por esa rígida e inflexible libertad que, así, acaba siendo una esclavitud. La esclavitud de la vía en la que no se puede hacer otra cosa sino dejarse llevar por la pura gana.

Mientras el delincuente estructural pertenece de lleno a la «vía», por ella circula y en ella permanece, el circunstancial pasa por ella como se pasa por malos sucesos en la vida, pero no le pertenece, no es su destino sino más bien un accidente aunque pueda ser continuado. Por eso es recuperable. Donde

hay familia, donde hay madre, y luego pareja, la inserción en la vida delictiva es pasajera aunque dure un tiempo.

4. LA CÁRCEL

De la calle se pasa en algún momento, inevitablemente, a la cárcel, a ese «cementerio de hombres vivos», como lo llaman los reclusos, con una expresión que recuerda muy de cerca los versos que Calderón pone en boca de Segismundo, el protagonista de «La Vida es Sueño» cuando dice que la celda en la que está encerrado es «de un vivo cadáver sepultura». La cárcel es el espacio en el que la violencia se exagera y llega a su máxima expresión, a niveles difícilmente superables por la más fecunda y desbocadamente morbosa fantasía. En ella rige, ante todo, la violencia de la irracionalidad. «Una vaina loca», como dicen nuestros sujetos circunstanciales que no saben expresarse al respecto de otra manera. Loco, es el término que repiten cuando de ella hablan y el que mejor indica la cualidad del presidio, pues en ese adjetivo va incluido todo lo incomprensible, lo fuera de sentido, lo que pertenece a otro mundo, uno en el que no rigen las reglas de lo que siempre se ha entendido como humano, donde la única regla es la 'no regla' de la arbitrariedad absoluta. Mundo loco como son locas «las vainas que uno sueña cuando está drogao» (Moreno y otros, 2009, 769), nos dice Nelson.

Es loco un mundo en el que es normal darle una terrible paliza a una persona simplemente porque llega al sitio, como le sucede a José cada vez que cambia de prisión, y lo tiene que hacer cada ocho meses. La paliza al nuevo, por parte de los agentes del orden, policías o guardias, es ritual obligado. Todos lo refieren.

Lo que pasa, (dice el mismo Nelson), es que uno tiene una visión de una forma y resulta que es otra. Lo que está pasando dentro es otra vaina de lo que dicen los medios de comunicación, los periódicos; todo eso es mentira (Moreno y otros, 2009, 761).

Nuestros sujetos insisten en algo que no logran expresar sino repitiendo y repitiendo casi siempre con las mismas palabras esa experiencia realmente

inexpresable. Lo que ellos viven o han vivido en la cárcel nadie lo puede pensar en toda su realidad. El que no ha pasado por ello siempre tiende a creer que lo que ellos relatan es una exageración. No puede tomarlo en serio, totalmente en serio.

Cuando me llevaron pa' la prisión, pa' esa vaina loca por allá, bueno, eso fue llegandito y a llevá coñazo, como un cochino cuando lo están matando. Y eso era llegando y coñazo. Y por allá coñazo y por acá coñazo. Y... bueno, yo no sé. Yo dije: Dios mío, ¿dónde estoy yo, vale, pa' dónde me trajeron? Eso es un infierno. Eso es una carnicería humana, esa broma (p. 731). Es parte del relato de Alberto. Y más adelante

Tú entras y... ¿pa' dónde voy yo? Pa' una pichera, pa' una cochinera, pa' una zanja de esas locas en el Guayre... Broma jedionda... que gusanos, hilera e' gusanos así, caminando... tú pisas los gusanos así como si nada (p. 732).

Si el circunstancial lo narra así, con rechazo y aversión, el estructural parece asumirlo con cierta naturalidad. Duro sí, pero como un lugar en el que puede encontrar su espacio. Para él, se da, además, una continuidad entre la calle, su violencia y sus delitos, y el mundo de la cárcel, el cual viene a ser la derivación extrema de los espacios de la violencia pues en él ésta se halla libre para manifestar todas sus potencialidades dado que no está sometida a ningún control racional sino que se encuentra librada al juego del arbitrio y a la pugna de poderes. La institución acaba siendo componente orgánico del mismo mundo de la violencia. Caer en la cárcel no es, así, salir del espacio del delito violento sino llegar a aquel en el que el delito está absolutamente libre. El presidio es, sobre todo, el lugar privilegiado de la muerte personal y colectiva. José, que en la calle comete acaso dos asesinatos, en la cárcel, según su narración, asesina a once de sus compañeros. Casi todos nuestros sujetos cuentan una o más de una de las que ellos llaman masacres, o lo que es lo mismo, asesinatos en masa producidos por los mismos presos pero también por las fuerzas del orden. Son narraciones de episodios atroces que vienen a constituir una especie de antología del horror.

Un extracto de la historia-de-vida de Nelson es (p. 769):

y cuando veo por la ventana, lo que veo es una vaina que no se veía la otra torre porque el humo no dejaba ve. Estábamos trancaos con candao. La puerta estaba trancá con candao... Nosotros estábamos en el pabellón tres y la vaina era en el pabellón uno. Un vigilante loco parece que agarró y tiró una bomba molotov pa' dentro y empezó a quemá los tipos, parece que le pagaron algo. Los tipos se estaban quemando. Como era pura sábana y pura colchoneta empezaron a agarrá candela.

Fueron muchos los muertos por el fuego.

Uno bajaba una vez al patio, una vez a la semana bajaba al patio y caminaba, pero no se podía caminá porque le echaban tiros de arriba. Si tú tenías culebra o problemas con alguien... El pabellón tres tenía problemas con el pabellón dos; a to' el que estuviera abajo en el patio del pabellón dos, el pabellón tres le entraba a tiros. Al rato entró la policía y cerró. Cerró la reja y le entró a tiros. Mataron un poco e' gente ese día. Los policías con las escopetas y las ametralladoras... echando tiros y matando gente... (p. 769).

Al estructural la cárcel lo endurece en su «vía», al circunstancial le sirve de revulsivo de modo que cambiará de vida para no regresar.

5. UNA FORMA DE VIDA

En estos espacios que son a la vez físicos y simbólicos, materiales y espirituales, esto es, humanos, afectivos, vivenciales, relacionales y culturales, todo ello en un solo complejo de significatividad, impregnado de violencia en todos sus intersticios, se da el proceso de producción de la persona al que hemos calificado como personalización por la violencia. La historia del delincuente violento estructural es, así, una historia de delito y violencia. Esta lo acompaña desde pequeño y se le va introduciendo en la estructura de su persona de modo que llega a constituir parte esencial de su vida, a convertirse para él en una manera «normal» de vivir. En este sentido la violencia lo va formando, lo va produciendo, lo va creando como persona concreta. De esta manera, la delincuencia violenta viene a ser toda una forma-de-vida en la que los sujetos se van introduciendo y que se va convirtiendo en su manera específica

de estar en el mundo. La forma-de-vida violencia delincencial es un concepto, o quizás mejor, un constructo, que los investigadores hemos tenido que elaborar para convertir en significado y darle un nombre a lo que la realidad encontrada en la investigación nos mostró.

Vimos que la violencia delincencial no es un conjunto inarmónico ni una sucesión inconexa de conductas y acciones sino toda una manera de situarse en la vida, de pensar y sentir cada uno de sus momentos, una hechura cognoscitiva, afectiva, volitiva y actitudinal compleja que define toda la historia de un sujeto y da cuenta de él. A esta estructura que forma totalmente una vida es a lo que hemos llamado forma-de-vida violencia delincencial. El violento circunstancial no participa plenamente de esta forma-de-vida. Se mete en ella, se inmiscuye, se introduce momentáneamente, un momento que puede durar un tiempo más o menos largo, pero entra y sale, no es un «perteneciente» como el otro.

6. EL ÁMBITO CULTURAL

Esta forma-de-vida está situada en el mundo-de-vida popular venezolano. Ese es su espacio antropológico cultural. Del mundo-de-vida popular venezolano hemos hablado quienes formamos el Centro de Investigaciones Populares en numerosos escritos. El núcleo de sentido y de práctica que lo unifica y lo convierte en mundo compartido por todo un pueblo, lo que lo distingue e identifica, es el ejercicio cotidiano, eso que he llamado 'practicación', de la relación convivial. De ahí que hayamos dicho que el hombre venezolano es, antes que cualquier otra cosa, un *homo convivalis* (Moreno, 2008). Precisamente, lo que nos indujo a llevar a cabo esta investigación fue la inquietante pregunta sobre las relaciones de la vida del delincuente violento con el mundo-de-vida del que proviene.

El contraste se nos presentaba tan extremoso que nos parecía dotado de una contradicción insalvable: ¿Cómo en un espacio cultural signado por la convivialidad puede surgir el delincuente violento y sobre todo el que, como el joven actual, ejerce una violencia tan desatada y tan atroz? Ante todo, y

para ubicar muy resumidamente la respuesta resultante de nuestro trabajo, hay que señalar que los significados que constituyen a la violencia delincuencial en forma-de-vida dentro de la convivialidad del mundo-de-vida popular se caracterizan por ser maneras desviadas, transgresoras, distorsionantes, fuera de norma, extralimitadas, pero no negadoras, de vivir los significados populares. Estando en el mundo-de-vida popular y poseídos por sus códigos, estos sujetos los distorsionan en su práctica, a la manera, para darnos una idea, como el que coloquialmente llamamos 'loco', distorsiona su cultura pero no puede sino ser loco según su cultura.

Ahora bien, en la entrega de nuestros sujetos a la violencia no sólo se dan las distorsiones, desviaciones y transgresiones que he señalado, sino también y antes que nada, significativas ausencias, esto es, prácticas culturales no practicadas ni experimentadas en los momentos críticos en que la mayoría de las personas de su mundo las viven. La primera práctica, la fundamental del mundo popular, de la que no tuvieron experiencia desde los primeros instantes de su vida fue precisamente la relación convivial positiva, cargada de afectividad matricentrada. Esa práctica no se ejerció con ellos por fallas esenciales en la función de maternidad dictada por la historia y la cultura y ellos, por lo mismo, no la pudieron ejercer. Así, pues, esa ausencia crea un vacío en el punto preciso en que la persona engarza con la cultura de su mundo. Desde ese momento, toda relación de convivencia estará dañada. Como el delincuente violento vive en ese espacio cultural, no tiene más remedio que moverse en la trama de esas relaciones y participar de su cualidad pero nunca estará plenamente integrado a su sentido y por ende no sabrá hacer otra cosa sino practicarlas fuera de las leyes internas que las rigen, fuera de lo que llamaríamos su propia lógica. ¿Cómo, entonces, practica el violento la relación convivial, en la que no tiene más remedio que hallarse situado, si no puede acceder práxicamente a su sentido?

El venezolano normal practica las relaciones de su mundo al modo familiar, expresa su vivir la relación y vivirse como relación, practicándola por la relación misma, sin ninguna finalidad que la sobrepase. Esto por lo menos en principio. En la relación acontece la persona y ella acontece en la persona la

cual en todo la practica y la celebra. Como he dicho, el delincuente violento de origen popular no puede situarse fuera de la relación. La diferencia con el hombre normal está en que la ejerce con una fundamental distorsión. Le da un fin a la relación. Se la apropia y la vuelve sobre sí mismo, esto es, refiere a sí, no a los otros, la trama relacional y la utiliza para el logro de sus propios intereses. Se integra a la trama para ponerla a su servicio pues no puede vivir desde el fondo de sí el sentido de la relación popular que no es para utilizarla sino para vivirla. Como conoce por práctica secundariamente aprendida en su mundo cultural las claves de la trama relacional, la puede manipular, siempre en auto-referencia, para la afirmación de sí, para el protagonismo de su yo. De esta manera, la relación es convertida en poder. La relación convivial pasa, entonces, a ser opresiva, violenta e incluso sádica, fuente de placer por la dominación que ejerce. Lo anterior es válido como descripción de la conducta del delincuente violento estructural. El circunstancial, en cambio, mantiene la convivialidad cultural venezolana sin distorsionarla como postura existencial sino como error transitorio y siempre con sentimiento de culpa.

7. EL ESPACIO SOCIAL

Utilización y manipulación es como funcionan también los vínculos en el grupo. La relación referida al grupo, comunidad o sociedad, propia del venezolano popular, que tiene siempre como trasfondo la familia matricentrada, nosotros hemos dicho que es de corto alcance, limitada a los cercanos y excluyente de los extraños, pero muy abierta a la ampliación, esto es, siempre es posible integrar entre los cercanos a cualquier extraño que cumpla con alguna condición, nada exigente por cierto. El delincuente violento lleva la tendencia limitante hasta el extremo de modo que se forman grupos pequeños cerrados vinculados por el afecto momentáneo, no duradero, fugaz y lábil pero en ese corto tiempo muy fuerte, fortaleza vinculante aprendida en la horma familiar aunque no haya sido vivida. Por no vivida, es fugaz y momentánea.

Es la banda. La banda, que siempre tiene en su seno a algunos miembros estructurales junto con otros circunstanciales, se constituye como grupo de convivientes, a la manera cultural del mundo-de-vida popular, no como

grupo de cómplices –lo cual no significa que no lo sean– acordados para una acción, una tarea o un proyecto de larga duración como estamos acostumbrados a leer en la literatura predominante sobre el tema. No hay coalición de intereses, en principio, sino grupo de vida, de convivencia. Esto funciona así tanto en la cárcel como fuera de ella. Se trata, de todos modos de una relación que no se compromete. Nunca hay compromiso real con nadie. De fachada sí, lo cual explica la frecuencia de la traición no obstante se pague con la muerte. Puede haber coincidencia, convivencia relacional transitoria, pero no compromiso ni dual, de pareja, ni grupal. Así, la relación es usada, desde dentro de un mundo de por sí relacional.

El trasfondo cultural explica también la manera de ser de la banda. Todas las historias-de-vida nos hablan en uno u otro modo de las bandas en las que se integra su protagonista, pero ninguna nos habla de su estructura, su organización, su orden de jerarquías. Quiere esto decir que ese aspecto o no existe, o no es muy relevante, o no se vive como significado importante. De lo que sí se nos habla, en cambio, es del mundo de relaciones que la banda comporta. Es el mundo de la vida lo que para ellos significa, no el de la organización. Cuando aparece algún tipo de jerarquía, se trata de una organización blanda, centrada más en la relación convivial, siempre superficial, que en reglas rígidas; un orden, diríamos, de tono materno, no paterno, esto es, culturalmente matricentrado. Las bandas del narcotráfico son otra cosa, pero de ellas no hemos tratado en nuestro trabajo.

La anterior es la constante en el modo de ser de la banda hacia dentro. Hacia afuera, hacia las bandas rivales, y todas lo son unas de otras, la banda es un grupo para matar, pero un grupo en comunicación directa, un grupo de respuesta inmediata, arriesgada y atrevida, no un grupo organizado que planifica con exactitud y ejecuta con eficiencia técnica. Con esta esquemática referencia a la banda, he esbozado ya lo que podríamos considerar el espacio social, micro, de la violencia en nuestro estudio. El espacio social más amplio en el que discurre la vida cotidiana del delincuente violento, cuando no está en la cárcel, es la comunidad popular de un barrio o una urbanización de bloques con la que dicho sujeto mantiene una relación ambigua, de ‘sí pero no’, precaria, manipulativa, ordinariamente tranquila o con violencia de tono menor, esto es,

no sangrienta –consumo y distribución de drogas, imposición en la licorería, amenazas sin llegar a ejecutarlas– y, cuando ella menos se lo espera, de tono mayor, con tiros, sangre y muerte, pero no dirigida a la comunidad en cuanto tal ni a las personas de la misma, sino a la banda contraria o a aquel con quien solo o en grupo tiene «culebra», esto es, conflicto mortal. La comunidad en la que se reside no es el espacio propicio para ejercer la violencia porque sería minar las bases de la propia seguridad. La violencia delinencial y criminal se ejerce afuera, en las urbanizaciones de clase media y alta, en las avenidas de la ciudad, en los centros comerciales, en los estacionamientos para carros de lujo, donde hay algún beneficio importante que obtener. También se ejerce en los otros barrios o en las otras comunidades populares, pero entonces se trata de solventar rivalidades y cobrar venganzas de muy diverso tipo.

Las relaciones entre el delincuente violento y su espacio social han cambiado mucho a lo largo del tiempo en cuanto a tendencia general y cambian también en un mismo lugar de un día para otro según las circunstancias. Hemos podido rehacer de alguna manera este proceso en Venezuela desde los años mil novecientos cincuenta hasta nuestros días. Hemos podido dividir, *grosso modo*, la historia de estas relaciones en los últimos cincuenta años en tres períodos: tiempo antiguo –años cincuenta y sesenta–, tiempo medio –de los setenta a mediados de los ochenta–, tiempo nuevo, esto es, desde los noventa hasta nuestros días. Tradicionalmente, en lo que corresponde al tiempo antiguo, la comunidad había llegado espontáneamente, esto es, sin planificación ni deliberación, a algunos acuerdos implícitos con sus delincuentes para poder sobrevivir en cierta paz y para mantenerlos bajo el máximo control posible dentro del vecindario. Así lograban sobrevivir bastante bien tanto los delincuentes como la comunidad de la gente normal.

Por la historia-de-vida de José, quien tiene ahora cerca de setenta años y se formó en la violencia por los años cincuenta, sabemos cómo funcionaban estos acuerdos. Todo el mundo en la comunidad sabía que él era ladrón y presenció por lo menos uno de sus asesinatos, pero, como él mismo dice:

La gente me conocía y me respetaba (Moreno y otros, 2009, 275).

Era un «malandro» que tenía claras sus áreas de acción, su papel dentro del barrio. Primera condición para él, era no meterse con la comunidad. Si uno no se mete con la comunidad, ésta le asigna un rol y esa asignación funciona como un dispositivo de control. Así, si los más jóvenes, por la inconsciencia propia de la edad, robaban a algún vecino, José se encargaba de que lo robado regresara a sus dueños. Y nos da la razón al decir (Moreno y otros, 2009, 276): «me perjudicas a mí que me la paso aquí con esas cosas. No quiero tener problemas con el gobierno por culpa de ustedes». Tiene la función de proteger contra los abusos de los imprudentes y contra las agresiones de los delincuentes externos. En este sentido, defiende al barrio mejor que la policía. Al mismo tiempo orienta a los nuevos, controla las armas e, incluso, el consumo de drogas fijando los lugares y los tiempos en que se puede consumir y aquellos en los que no. De esta manera impide la iniciación de los niños, algo altamente valorado por la comunidad. Siempre hubo en ese tiempo que llamamos antiguo algún delincuente de cierta edad que cumplió funciones similares en las distintas comunidades populares. La comunidad, por su parte, no lo denunciaba, lo encubría cuando había algún operativo policial, algunos compraban y escondían los productos de sus robos vendidos a muy bajo precio. No es que aprobara su conducta pero se toleraba. Actitud permisiva y hasta cierto punto cómplice que, sin embargo, posibilitaba una seguridad y un control que ninguna policía ha garantizado nunca.

Estos dispositivos se mantienen más o menos atenuados durante el período medio. El delincuente de esa época ya no conserva lo que el antiguo mantenía por la inercia de la tradición, ese respeto hacia los convecinos aprendido porque no era concebible otra cosa, pero todavía procura convivir lo mejor posible en su comunidad. No ejerce las funciones de protección y control que ejercía el otro pero trata de vivir como uno más sin mostrar conducta violenta en su propio entorno. Es a partir del «caracazo», el 27 de febrero de 1989, cuando las cosas cambian drásticamente. Muchas fueron las consecuencias de esos días que permanecen todavía en la penumbra. En el ámbito de la delincuencia violenta hubo por lo menos dos que todavía influyen: la edad del delincuente bajó súbitamente hasta los doce, trece y catorce años, con todo lo que eso sig-

nifica en cuanto al descontrol de la conducta y a la irresponsabilidad total en la acción propias de un preadolescente o un adolescente temprano; y aumentaron mucho las armas de fuego en manos de esos mismos muchachos. Añadamos a eso la difusión del consumo y tráfico de la droga en estos últimos años. Surge ahí el período que hemos llamado ‘nuevo’ y en él el delincuente nuevo.

Si el «malandro» antiguo pertenecía de algún modo a la comunidad, estos nuevos son cuerpos absolutamente extraños para los que no hay lugar de ningún tipo. La comunidad trata de expulsarlos ya sea recurriendo a los cuerpos represivos oficiales, ya organizando grupos de defensa internos para-policiales, ya sea radicalmente linchándolos, pero eso en casos muy extremos aunque menos raros de lo que ordinariamente se piensa. Los tradicionales controles que la comunidad popular lograba ejercer, basada en la necesidad de que el delincuente tenía de un cierto grado de aceptación en su propio ambiente, han sido superados por la actual actitud del nuevo, a quien no le importa en absoluto si es aceptado o no. La aceptación ha sido sustituida por su capacidad brutal y directa de imponerse, de ejercer el poder sobre cualquiera, el predominio de sus puras ganas con las armas más mortales.

Sin embargo, se asoma en estos momentos una pequeña luz de esperanza. Las comunidades logran de alguna manera autorregularse. En los tiempos más recientes hay indicios de que el «autocontrol» se está reconstruyendo por lo menos hasta cierto punto. Ha vuelto a aparecer, en efecto, en algunas comunidades, el «malandro» mayor, uno que puede estar rondando los treinta años, cosa excepcional pues sus colegas no suelen superar los veinticinco, quien, después de haber eliminado o sometido a sus rivales de bandas y «culebras», ejerce dominio completo sobre el delito en el vecindario y lo regula, siguiendo en cierto modo la pauta de los antiguos.

8. EL LUGAR SICOLÓGICO

En estos espacios físicos, culturales y sociales se forma una personalidad, crece y se desarrolla el receptáculo interno de una psicología violenta de una

manera en el estructural, de otra en el circunstancial. La forma-de-vida violencia delincencial se constituye como una decantación e internalización en cada sujeto de todos esos espacios transidos e impregnados de violencia. Esta internalización en la que se integran de manera orgánica los factores personales con los ambientales, sociales y culturales, es de hecho la estructura psicológica de cada delincuente, el espacio individual en el que la violencia se convierte en acto y en persona, el canal por el que su corriente discurre.

La estructura psicológica es la que pone en funcionamiento la forma-de-vida de la que venimos hablando en cuanto ésta no es una entelequia que subsista por sí misma sino que sólo tiene realidad en cada uno de los sujetos que la encarnan. Esta estructura, por otra parte, adquiere consistencia, coherencia y lógica interna de un núcleo dinámico que da razón de actitudes, percepciones, afectos y conductas. A ese núcleo dinámico lo hemos identificado como: la centralidad auto-referente de un yo subjetivo expansivo y sin límites como proyecto vital. Este significado central en todas las vidas de nuestros sujetos estructurales –afirmar su yo sobre y contra todo límite– lo encontramos en cada cual a su manera. El límite principal son los otros.

«Lo quería matar, pues, porque la mente mía era esa, porque no me dejaba por nadie ... yo soy una persona que no me dejo montá' la pata por nadie ... tú no vas a poder más que yo, pues» (Moreno y otros, 2009, 547), dice Frank. «Yo no quería que me estuvieran sometiendo (p. 311)». Con esta frase Héctor explica y a la vez justifica su conducta extremadamente violenta. Héctor es la realización llevada hasta el máximo de ese significado central en todas las historias-de-vida. Por sometimiento ellos entienden cualquier tipo de control, sea éste familiar, social, legal, racional o afectivo. Cualquier límite impuesto a la expansión extrema de su yo. Ante el límite se yergue la defensa que se expresa en el ataque brutal encaminado a la destrucción del mismo. Se trata, pues, de exaltar el yo en la comunidad y en la sociedad lo cual implica obtener lo que ellos denominan «respeto» por el temor y el sometimiento ineludible de los demás, el reconocimiento de su superioridad e importancia por cualquier medio.

El «respeto» es una de sus motivaciones centrales. Todos lo buscan como valor fundamental. Pero, ¿qué entienden por respeto? Héctor nos dice que veía cómo «a los malandros los respetaban» (Moreno y otros, 2009, 312), esto es, que a ellos todos se sometían y ellos no estaban sometidos a nadie. El respeto es pues, una cualidad de superioridad que posee el delincuente y una actitud que no tienen más remedio que asumir los demás hacia él. El respeto, por tanto, es ejercicio de poder sostenido sobre la violencia. El respeto no se gana, se impone. «Tenía el poder» (Moreno y otros, 2009, 47) dice Alfredo cuando estaba arriba, por encima de todos. Poder y arbitrio se identifican. Por eso siempre narran sus acciones dando a entender que ellos poseen algo que los pone sobre los demás. Así, no narran propiamente hechos de su vida. Narran hazañas, grandes aventuras, heroicidades, acontecimientos grandiosos destacados ya sea por la viveza en la forma de cometer el asesinato, por su frialdad e indiferencia ante el mismo, por su habilidad que sobrepasa a la de todos, por su atrevimiento o por la capacidad demostrada de tener sometida a toda una comunidad, a una banda, a un enemigo.

Centrados en sí mismos, nunca se descentran. Esto implica estar al mismo tiempo fijados en gozar la vida sin límites de ningún tipo, ni morales, ni afectivos, ni familiares, ni racionales, como quien sabe que acabará pronto, pues todos están conscientes de que no vivirán más allá de los veinticinco años. Cuando se les presenta la ocasión, se entregan al goce orgiástico, desenfrenado, de la droga, el alcohol, el sexo, la violencia más sangrienta, la imposición del poder, y de ello se glorían. Cerraré este esbozo de la psicología del violento, dado que no puedo extenderme sobre lo mucho que al respecto nuestra investigación aporta, con una referencia a su afectividad. Desde niños los delincuentes violentos estructurales, como he señalado, han vivido en ambientes familiares en los cuales la afectividad que impregnó todo el discurrir de su existencia era cualitativamente violenta, una violencia que consistió sobre todo en el abandono caracterizado por el descuido, el rechazo, la indiferencia, eso que coloquialmente nombramos como ‘ninguneo’, pero ninguneo real, continuado, persistente, sin resquicios. De aquí la procura obsesiva de reconocimiento. El respeto no es sino necesidad de reconocimiento. Todos sus afectos, –deseos, apego, goce, sufrimiento, amor propio, tristezas, alegrías– es-

tán centrados en la búsqueda de satisfacer esa necesidad de reconocimiento. En este marco, la emoción es reprimida para no permitir dudas o hesitaciones en el momento de la acción. Por eso podemos hablar de completa frialdad afectiva o anafectividad patente sobre todo en actos de crueldad extrema e indiferencia ante el sufrimiento de las víctimas:

Convidé a uno pa' que me acompañara —es Juan Gabriel quien narra—, lo amarramos, le dije al chamo que lo matara, no quiso. Le dije: mátalo que los muertos no hablan. Tuve que matarlo yo y... fui a su velorio como si nada hubiera hecho. Fui pa' su velorio (Moreno y otros, 2009, 360).

Héctor, quizás el más cruel de todos nuestros sujetos, también fue al velorio de una de sus víctimas: «... la jeva pichó al marío y lo agarré y le di siete tiros en la cara: hasta fui al velorio d'él y todo. Lo vi, le dí el sentido pésame a uno y todo (p. 325)». Eso es lo que en el argot, se dice: tener sangre fría. De nuevo es Héctor quien mejor lo expresa: «... yo como era más sangre fría, bajé, le di un poco e tiros en la cabeza y a raíz de eso, bueno, seguí, seguí teniendo homicidios (p. 326)».

Se puede decir que en ellos la afectividad es estable en cuanto a su orientación básica fría y decididamente egocéntrica, e inestable, lábil, fugaz, en cuanto a los recursos puestos al servicio de ese centro y que siempre son objeto de manipulación: la familia, la mujer, los cómplices, las relaciones humanas en general. Si, como se suele decir en psicología, lo afectivo es lo efectivo, porque la orientación cualitativa de la afectividad dirige la conducta, un cambio en la dirección conductual del delincuente violento no se puede dar sin un cambio en la cualidad de la afectividad, pero ésta ya está fijada desde la infancia. En todo esto, el contraste con los delincuentes circunstanciales es muy significativo. Estos no se cierran en la referencia a su yo al narrar su vida sino que ponen en primer plano a la familia, los sufrimientos de los demás, de los cercanos, se descentran de sí mismos. Son capaces de echarse la culpa de sus desviaciones a sí mismos, esto es, de asumir responsabilidad por sus actos. La relación afectiva con la familia tiene para ellos una importancia especial; es con sus miembros con los que se identifican, a los que se sienten pertenecer.

Este enganche con el mundo bueno externo es lo que les permite vivir en el mundo malo de la delincuencia como quien a ella no pertenece, lo que les abre la posibilidad de regeneración y los libra de sumergirse de lleno en el mundo del crimen.

9. LA LABOR DE LA EDUCACIÓN

Hay ante todo que distinguir entre los estructurales y los circunstanciales. El estructural cuando llega a una cierta edad, ya está hecho de violencia. Viene a ser lo que llamamos en psicología el clásico psicópata. Ni la psicología, ni la psiquiatría hasta ahora han encontrado medios para cambiar ese tipo de conducta. Por supuesto, nunca hay que desesperar, pero poco se puede hacer. El ocasional, en cambio, nunca llega a construirse una estructura de delincuente, siempre se queda afuera, aunque puede ser que haya asesinado, como algo que por alguna circunstancia se produjo pero nunca como algo propio de él. Los malandros estructurales nunca salen del delito, los ocasionales salen incluso por su propia cuenta, después, cuando pasan de los 30, si logran vivir.

Desde un punto de vista educativo, los problemas de la adolescencia, que es el momento crítico en el que los delincuentes ocasionales empiezan su carrera en el delito, en el barrio son muy distintos de los problemas de la adolescencia en la clase media y en los ambientes rurales. Los educadores tienen que estudiar en serio cómo tratar los problemas de la adolescencia cuando se da en sectores populares. Lastimosamente, no tenemos estudios sistemáticos y científicamente serios al respecto. Por el momento, habrá que guiarse por la intuición y el compromiso personal del educador. Es un trabajo que los educadores deben plantearse y creo que sería bien importante compartir experiencias, hacer ensayos y evaluar resultados.

Voy a dar ahora, para ubicar las posibilidades educativas en el contexto real, una idea de cómo está organizada la violencia en un barrio. No es que se vea a primera vista sino cómo uno encuentra que funciona. En primer lugar, podemos decir que está constituida o está integrada por tres círculos. El pri-

mer círculo se puede llamar el de los profesionales. En éste se encuentra un 'Malandro Mayor', mayor por edad pues ha superado los veinticinco años, cosa que no es fácil, y porque es el de más prestigio, ellos dicen respeto, y el más exitoso. Además de él hay otros 6 ó 7 sujetos que son sus 'panas'. Existe también en los sectores populares el mundo de la droga, el mundo de la delincuencia bien organizada que se ha convertido en una industria, pero el malandro con el que nos encontramos todos los días en la calle no forma una banda estructurada a la manera tradicional que se describe en los libros de criminología, esa banda que tiene un jefe, una organización y donde cada uno tiene una función. Aquí las bandas se dan a la venezolana, por relaciones afectivas, de tú a tú y cercanas. Este grupo de panas que son profesionales se dedican al delito y lo saben hacer; han aprendido y van practicando el secuestro, el atraco y el crimen en cualquier momento y cualquier circunstancia. Ellos forman el primer círculo.

Los anteriores están rodeados, podemos decirlo así, por un círculo más amplio que podemos llamar el de los aprendices y pueden ser de entre 15 a 20 muchachos que están entre los 14 y 18 años; no estudian, no trabajan, porque la ley no se lo permite o porque no quieren, y están prácticamente sin hacer nada. Giran en torno al primer grupo que es el del malandro mayor y sus panas, es decir, que están seducidos por el efecto del triunfo y del éxito que obtienen éstos, pues tienen las mejores fiestas, las mejores muchachas, hacen lo que les da la gana, arman las grandes orgías de alcohol, de todo y reparten a todo el barrio. Se lucen como exitosos. Los atrapan pero se liberan pronto porque ya han aprendido: tienen un seguro en el banco. De lo que ellos ganan con sus fechorías, abren una cuenta de ahorros en un banco de tal manera que cuando los agarran, de ésta sacan para pagar a la policía. Si no le pueden pagar a la policía y van a parar a la cárcel, les pagan a los jueces.

Ellos tienen todo bien arreglado. Los aprendices están seducidos por eso. Quiere decir que son aprendices porque a veces participan en actividades del primer círculo en plan de entrenamiento. A los 14 años empiezan a manejar armas que les prestan y pronto las adquieren ellos mismos dada la facilidad que existe para ese mercado. Sobre el primer círculo poco puede hacer la educación,

poco puede hacer la Iglesia, poco puede hacer la sociedad en general. Tendrá que contentarse con lo que pueda hacer y será poco. Eso es fundamentalmente problema de Estado y de especialistas, pero dada la debilidad institucional que tenemos, ni siquiera hay mucho que hacer por ahora.

Con el grupo de los aprendices, entre 14 y 18 años, sí tiene campo la educación. Se les puede ir sacando de ese mundo y darles una preparación para el trabajo y formación personal de manera sistemática. No simplemente una cosa que dure 3 ó 4 días sino de una manera sistemática para que la educación pueda tener eficacia. Este de los jóvenes desocupados es, en todo el país, un grupo muy grande. Y es también grande el otro círculo, el tercero. El tercer círculo es el de los niños de 10 a 14 años. A éstos los llamo los observadores porque están viendo. Su número puede estar entre 20 y 40, de acuerdo a la población. Están viendo a los más grandes. Entre ellos tienen algún pana al que le pueden decir «¿Qué hay?, déjame ver la pistola». Oyen cuando los malandros cuentan sus hazañas y están imaginando, están fantaseando hazañas parecidas que ellos podrían hacer algún día y éxitos que ellos podrían tener en el futuro. La escuela no nos resuelve este problema porque la escuela común y corriente, la escuela oficial, es de un turno. En cada turno son pocas horas. Muchas veces no llegan ni a cuatro. Esos niños están en la calle prácticamente todo el día. Están en contacto permanente con todo lo que ese grupo está haciendo y con todo lo que se está comentando, o sea, están recibiendo una educación de calle para el delito.

Precisamente qué hacer con estos niños, cómo ocuparlos. Ahí es donde la sociedad, las iglesias y los sectores educativos tienen un campo de acción: formar grupos con ellos, organizarlos en actividades de todo tipo, no solamente de cursos sino de diversión, sacarlos del barrio en excursiones, en convivencias, todo lo que pueda ayudar, un trabajo fuerte en deporte, deportes guiados, deportes dirigidos, deportes orientados, no el puro deporte. Algunos dicen que cuando hay violencia, el deporte es bueno. Uno de los lugares donde se planifica mejor la violencia y donde más se distribuye la droga es la cancha deportiva, y son los jugadores de básquet y los jugadores de futbolito en la cancha, cuando están jugando, quienes planifican donde y cuando el atraco, cuando

se distribuye droga y cuando se vende droga. El deporte por sí solo no resuelve nada. Debe ser un deporte orientado, un deporte educativo.

El trabajo educativo más importante es el preventivo dirigido a proteger niños y jóvenes de las circunstancias que pudieran desviarlos hacia un futuro delictivo. La escuela y las instituciones educativas tienen que seguir ejerciendo su función y mejorar desde todo punto de vista para ser más eficaces. En ellas es importante enfatizar en programas de educación para la paz y para la convivencia pacífica, pero el campo en el que se forman los delincuentes es sobre todo la calle y sus educadores más eficaces son los malandros ya experimentados. Se hace necesaria una educación «de calle», y en esto, fuera de encomiables iniciativas de personas y organizaciones privadas, estamos muy por debajo de las exigencias.

REFERENCIAS

- Briceño-León, R. y colaboradores (1997). La emergente cultura de la violencia en Caracas, *Revista de Economía y Ciencias Sociales*, 2-3, 190-194.
- Briceño-León, R. & Pérez Perdomo, R. (2000). La Violencia en Venezuela un fenómeno capital, en: Londoño, J.; Gaviria, A. & Guerrero, R. (eds.) *Asalto al Desarrollo: Violencia en América Latina*. Washington, DC: Bid, 263-288.
- Briceño-León, R. (compilador) (2001). *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*. Buenos Aires: FLACSO.
- Briceño-León, R. & Ávila, O. (editores) (2007). *Violencia en Venezuela*. Caracas: Lacso.
- Briceño-León, R.; Ávila, O. & Camardiel, A. (2009). *Inseguridad y violencia en Venezuela. Informe 2008*. Caracas: Lacso-Alfa.
- Cisneros, A. & Zubillaga, V. (1997). La violencia desde la perspectiva de la víctima: la construcción social del miedo, *Espacio Abierto*, 6, 1, 71-97.
- Del Olmo, R. (1997). La pobreza, ingobernabilidad y violencia en Venezuela, *Revista Relación Criminológica*, 12, 80-96.

- Ferrándiz, F. (2005). Venas abiertas: africanos y vikingos entre los jóvenes espiritistas venezolanos, en: Ferrándiz, F., *Jóvenes sin Tregua* (171-185) Barcelona: Anthropos.
- Moreno, A. (2007). *La familia popular venezolana*. Caracas: Centro Gumilla-CIP.
- Moreno, A. (1998). *Historia-de-vida de Felicia Valera*. Caracas: CONICIT.
- Moreno, A. y otros (2009). *Y salimos a matar gente*. Maracaibo: LUZ/CIP.
- Moreno, A. (2008). *El Aro y la Trama*. Miami, FL: Convivium Press.
- Pedrazzini, Y. & Sánchez, M. (1990). Nuevas legitimidades y violencia urbana en Caracas, *Nueva Sociedad*, 109, 23-34.
- Pedrazzini, Y. & Sánchez, M. (1992). *Malandros, bandas y niños de la calle. Cultura de urgencia en las metrópolis latinoamericanas*. Caracas: Vadell Hermanos.
- Ponce, M.G. (1994). Drogas y Violencia en Venezuela, en: Ugalde, L.; España, L.; Scotto, C. Castillo, A.; Hernández, T.; Luengo, N.; Bisbal, M. & Ponce, M. *La Violencia en Venezuela* (194-206). Caracas: Monte Ávila.
- Santos Alvis, T. (1997). Repensando la violencia desde la criminología. *Espacio Abierto*, 6, 1, 72-93.
- Vethencourt, J.L. (1962). *Psicología de la Violencia*, *Gaceta APUCV*, Sept-dic, 14-23.